

con los revolucionarios y los financieros, consiguió fundar una importante dinastía de banqueros.

Los revolucionarios necesitaban controlar los recursos públicos, es decir ejercer soberanía fiscal a nivel interno y reconocer la deuda con el exterior para poder fundar un Estado moderno, pero este proceso fue muy complejo. La reconstrucción involucraba intereses económicos nacionales e internacionales y fue posible en la medida en que el Estado alcanzó autonomía financiera. Otra de las madejas tejidas a lo largo del texto es el proceso de fundación del Banco de México (1925), entendido como paso primordial para el dominio del Estado sobre las finanzas públicas y la economía nacional. El autor señala que los límites de la soberanía financiera fueron marcados por los intereses de los banqueros internacionales, a nivel externo, y por la capacidad del Estado para recaudar impuestos internamente (ligada al sometimiento de los petroleros a la soberanía fiscal mexicana). En esta obra aparecen los entretelones que rodearon las negociaciones entre los financieros y los revolucionarios: la mentalidad, que en ocasiones tuvo visos "colonialistas", de los acreedores extranjeros, la situación financiera internacional, caracterizada por la creciente demanda de dinero, y la necesidad de la dinastía política sonorense de consolidar su poder. Estos factores le permiten explicar el contenido de las negociaciones y el tipo de acuerdos a los que llegaron financieros y políticos durante la segunda y la tercera décadas del siglo xx.

El eje alrededor del cual gira el tex-

to es la reconstrucción, concepto que trabajado atinadamente, permite a Zebadúa presentar de manera simultánea explicaciones generales de carácter estático, como sería la importancia del control financiero para el Estado, y los aspectos cambiantes, dinámicos, propios de la explicación histórica. Así, la riqueza de este trabajo radica en la conjugación equilibrada del enfoque histórico con el de la ciencias políticas. Es una invitación a profundizar en algunos de los aspectos tratados, pero atendiendo ahora más a la importancia de los factores internos.

Ma. del Carmen Collado Herrera  
INSTITUTO MORA

Rosalva Loreto y Francisco J. Cervantes (comps.) *Limpiar y Obedecer. La basura, el agua y la muerte en la Puebla de los Ángeles, 1650-1925*. Claves Latinoamericanas, Puebla, 1994.

A partir de 1750 diversas filosofías del mundo occidental compartieron la pretensión de apoyarse en concepciones empiristas de la naturaleza. El reino de la naturaleza fue convertido en objeto de estudio de algunas teorías del desarrollo económico, como la fisiocracia. Para los filósofos de la Ilustración, la naturaleza impone sus condiciones a la vida humana, el clima determina el medio en que el hombre vive e influye sobre todas las otras posibles causas de alteración de la especie humana: la alimentación y los "usos y costumbres". Estas ideas influyeron en las concepciones urbanísticas, principal-

mente en Francia y España, y pronto llegaron a la capital de México. El régimen borbónico implantaría así en el nuevo mundo una concepción que buscaría sobre todo la simetría, el orden y la estética en la construcción o reorganización de las ciudades.<sup>1</sup> Dichas teorías otorgaron al aire un papel fundamental en la salud pública y dispusieron que el espacio urbano debía adaptarse a la fluidez del agua y el aire, para contribuir a la prevención y curación de enfermedades.<sup>2</sup> Con la influencia del urbanismo neoclásico, numerosas ciudades mexicanas sufrirían, por más de un siglo, diversas transformaciones en la arquitectura, en la distribución y organización de los espacios e, incluso, sus habitantes deberían cambiar los hábitos de limpieza personal.

En esta perspectiva, Rosalva Loreto y Francisco Cervantes, investigadores del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla (ICUAP), han publicado una compilación de ensayos titulada *Limpiar y obedecer*, cuyo propósito es dar cuenta de ese proceso en la ciudad de Puebla, entre 1650 y 1925. Hasta ahora la historiografía mexicana es-

pecializada en temas urbanos había enfocado predominantemente su atención a la ciudad de México,<sup>3</sup> por lo que *Limpiar y obedecer* enriquece los estudios regionales y amplía la óptica del enfoque meramente capitalino al ofrecer un panorama crítico, como lo sugiere su título "foucaultiano". Precisamente entre las aportaciones de Foucault al pensamiento contemporáneo y a la historiografía, está que esclarece cómo el surgimiento de la modernidad progresista significó la separación drástica de los recintos de "normalidad", cura y placer de los de locura, enfermedad y crimen. Son las ciudades los espacios de control (poder y castigo), por excelencia, donde estas dicotomías se expresan y donde gradualmente "lo limpio" se distingue de "lo sucio". Dentro de este enfoque podemos ubicar la obra de *Limpiar y obedecer*, sobre todo porque intenta una reconstrucción de la "urbanización poblana" no sólo como una cuestión objetiva, científica aséptica, sino principalmente subjetiva y contradic-

<sup>1</sup> Regina Hernández F., "Ideología, proyectos y urbanización en la ciudad de México, 1760-1850", en Regina Hernández F. (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX. Economía y estructura urbana*. Instituto Mora, México, vol. I.

<sup>2</sup> Marcela Dávalos, "La salud, el agua y los habitantes de la ciudad de México. Fines del siglo XVIII y principios del XIX", en Regina Hernández F. (comp.), *op. cit.*, vol. II, pp. 279-302. La misma autora ha publicado *De basuras, inmundicias y movimiento. O de cómo se limpiaba la ciudad de México a finales del siglo XVIII*, Editorial Cien Fuegos, s. l., s. a.

<sup>3</sup> Además de los estudios ya citados de Regina Hernández y Marcela Dávalos, véanse los enfoques globales de Richard E. Boyer, "Las ciudades mexicanas: perspectivas de estudio en el siglo XIX", *Historia Mexicana*, vol. XXII, octubre-diciembre, 1972, núm. 86, pp. 142-159, y Alejandra Moreno Toscano, "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", *Historia Mexicana*, misma fuente que la anterior, pp. 160-187. Entre los numerosos estudios existentes sobre la ciudad de México, véanse los de Sonia Lombardo, *La ciudad, concepto y obra*, UNAM-III, México, 1987; Adriana López Monjardín, *Hacia la ciudad del capital: México 1790-1870*, INAH-DEH, México, 1985; Jorge González Angulo, *Artesanado y ciudad a fines del siglo XVIII*, Secretaría de Educación Pública, México, 1983.

toria que marca la emergencia de *relaciones de disciplina* diferentes a las establecidas por la jerarquización étnico-estamental de la dominación colonial. Las normas de sanidad —además de las relaciones mercantiles y de poder— configuran el espacio urbano y definen patrones de conducta pública y privada.

El primer ensayo, “De aguas dulces y aguas amargas o de cómo se distribuía el agua en la ciudad de Puebla durante los siglos XVIII y XIX”, escrito por Rosalva Loreto, aborda la distribución del agua en la ciudad de Puebla, principalmente durante el periodo borbónico. Ofrece así una radiografía social de la distribución desigual del agua y los diversos conflictos generados por este motivo. Junto a la cuestión de la distribución y uso del agua, está el de la salud. Numerosas enfermedades y epidemias eran generadas por la coexistencia del espacio doméstico con la actividad productiva. Talleres artesanales, mataderos y hortalizas son parte del hábitat familiar y dan un aspecto caótico, sucio y maloliente a la ciudad. Cuando emerge la mentalidad higienista, a fines del siglo XVIII, se buscará ejercer mayor control sobre los desechos orgánicos e industriales, separar las viviendas de las unidades productivas y, sobre todo, inculcar hábitos de higiene personal en la población. A continuación, “Epidemias y salubridad en la Puebla de los Ángeles (1650-1833)” de Miguel Ángel Cuenya, hace un análisis riguroso de las epidemias que afectaron a los poblados, dando cuenta de algunos comportamientos sociodemográficos y las principales estrategias de salubridad pú-

blica asumidas por las autoridades municipales. Cuenya, un especialista del tema,<sup>4</sup> justifica sus criterios de periodización según la recurrencia de epidemias que diezmaron a los poblados, como sarampión, peste, viruela, tosferina, tifo y cólera. Con base en una cuidadosa investigación en archivos parroquiales, demuestra que la población local, como el resto de los mexicanos, mantiene un patrón demográfico de “antiguo régimen”, por lo que los factores nutricionales, la salubridad y las enfermedades guardan una relación muy estrecha entre sí: “si observamos el comportamiento de las poblaciones europeas y americanas coloniales —dice Cuenya— veremos que durante la etapa preindustrial la mortalidad fue el factor determinante en su evolución, posibilitando periodos de expansión o interrumpiendo abruptamente esta evolución y crecimiento” (p. 92). El autor plantea que hasta las primeras décadas del siglo XIX, la ciudad de Puebla fue, al igual que otros centros urbanos novohispanos y del México independiente, una ciudad insalubre, poco comfortable

<sup>4</sup> Véase Miguel Ángel Cuenya, *Epidemias y mortalidad en la Puebla de los Angeles en el periodo colonial*, Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Puebla, Puebla, 1989. El autor sigue el camino abierto por Elsa Malvido, “Factores de despoblación y de reposición de la población de Cholula (1641-1810)”, *Historia Mexicana*, vol. XXIII, julio-septiembre, núm. 89, pp. 52-110; Enrique Florescano y Elsa Malvido (comps.), *Ensayos sobre historia de las epidemias en México*, México, IMSS, 2 volúmenes, 1982. También véase Concepción Lugo y Elsa Malvido, “Las epidemias en la ciudad de México, 1822-1850”, en Regina Hernández F. (comp.), *op. cit.*, vol. II, pp. 303-364.

para vivir, “en la que se generó un ambiente propicio para el desarrollo de diversos agentes patógenos causantes de enfermedades infecto-contagiosas” (p. 91). Finalmente, Cuenya ofrece muestras representativas de las diversas medidas tomadas por el Cabildo poblano en 1797, 1813 y 1833, para contrarrestar la insalubridad citadina, como era la existencia de basureros esparcidos por la ciudad, de lodazales y muladares formados en las riberas del río San Francisco, la falta de higiene en las viviendas y “la existencia de los fétidos y saturados cementerios habilitados en iglesias y conventos”. El gobierno poblano prohibirá así que “ni en las calles y plazas, ni en ningún sitio público, se permitirá el desahogo de las necesidades corporales, ni tampoco arrojar las inmundicias a las calles”.

El tercer ensayo “La ciudad de Puebla y sus desechos. Problemas y soluciones del siglo XIX (1810-1876)”, de Francisco J. Cervantes, trata el tema de las políticas sanitarias y las actitudes asumidas ante los problemas relacionados con la basura y el abasto de agua. Los habitantes de Puebla fueron vistos por la autoridad como individuos que debían cambiar sus hábitos de higiene y distinguir los espacios públicos de los privados. Se intentó sujetarlos al cumplimiento de obligaciones específicas como la limpieza diaria de zaguanes y portones, la construcción de depósitos de basura y cloacas y caños en sus casas, imponiendo castigos y multas severas a los vecinos que no cumplieran con esas disposiciones. Muchas de estas prohibiciones, sin embargo, quedaron nulificadas

no sólo por la resistencia de la población a cambiar sus “usos y costumbres”, sino sobre todo por la inestabilidad política predominante en los primeros cincuenta años de la vida independiente de México. La ciudad de Puebla, por su ubicación estratégica entre Veracruz y México, sufrió sitios prolongados, bombardeos e invasiones militares frecuentes, de tal modo que las políticas de sanidad y su frágil infraestructura de servicios se desquiciaron rápidamente.

Carlos Contreras, en “Urbanización y modernidad en el porfiriato”, estudia la importancia que tuvieron la paz porfiriana y el crecimiento económico en el mejoramiento de los servicios urbanos y las condiciones de vida de los poblanos, especialmente a partir de 1880. La notable recuperación demográfica de fines del siglo XIX tuvo por consecuencia el uso intensivo del espacio urbano, lo que propició nuevos problemas. Al crecimiento poblacional no correspondió proporcionalmente el de la vivienda urbana, lo que dio lugar al hacinamiento y la insalubridad. De este modo, aparece una vinculación estrecha entre distribución de la propiedad y acceso a los servicios. Carlos Contreras, quien ha dedicado varios años al tema de la estructura urbana y ocupacional de Puebla,<sup>5</sup> de-

<sup>5</sup> Carlos Contreras, *Puebla en el siglo XIX. Estancamiento y modernidad en un perfil urbano en el siglo XIX*, Centro de Investigaciones Históricas y Sociales, Instituto de Ciencias, UAP, Puebla, 1986. Carlos Contreras y Juan Carlos Grosso, “La estructura ocupacional y productiva de la ciudad de Puebla en la primera mitad del siglo XIX”, en *Puebla en el siglo XIX. Contribución al estudio de su historia*, Centro

muestra la imposibilidad de utilizar enfoques lineales y solamente normativos. Las ideas de progreso y la implantación de una burocracia sanitaria, desde fines del siglo XVIII, no garantizaron un cambio radical en los patrones de salud pública: persistieron las epidemias de tifo, sarampión y cólera. Otro problema central que aborda este ensayo, es el de las dificultades que enfrentó el Ayuntamiento poblano para sufragar los gastos de obras y servicios públicos. Ello implicó una política fiscal impopular, razón por la que en 1910, y a consecuencia también de un escándalo por malversación de fondos, dicha política fue suspendida.

El libro concluye con los ensayos de Mariano Torres, "La basura y sus destinos, Puebla 1878-1925", y Nydia E. Cruz, "Expansión de la higiene en el México porfirista. Perfiles oficiales y vivencias cotidianas en Puebla". Ambos trabajos dan continuidad a los diversos temas desarrollados por los autores ya mencionados: la administración civil de la limpieza, las políticas de sanidad y los numerosos reglamentos sobre mataderos, mercados, panteones, zahúrdas y remate de basura. Nuevamente una guerra civil (1910-1920) y la frecuente corrupción de los funcionarios responsables de la venta de basura, frustrarán la obsesión racionalizadora del crecimiento urbano. Mariano Torres concluye cómo, hacia 1925, vuelven a presentarse los problemas de limpieza de la época porfiriana. El equipo de limpia era el mismo de cincuenta años atrás y los problemas

de financiamiento del ayuntamiento parecen irresolubles. Nydia Cruz enfoca su estudio en el porfirato y resalta la importancia que adquiere la instrucción escolar en materia de higiene, así como la celebración de numerosos congresos médicos y pedagógicos. De este modo, parece claro que al final del siglo XIX el Estado asume una función social al establecer políticas y métodos científicos que conduzcan al mejoramiento de la salud pública.

Hasta aquí el contenido sucinto de cada ensayo. Para terminar, haremos un balance crítico del libro. Tratándose de una aproximación al tema de la vida urbana y socioeconómica de Puebla, *Limpiar y obedecer* ofrece una aportación valiosa para la investigación histórica regional. Sin embargo, la obra en conjunto adolece de cierta falta de cohesión, cuestión frecuente en compilaciones en las que participan varios autores. Esto trae como consecuencia que algunos datos y temas se repitan innecesariamente. Por otra parte, la presentación de los textos no sigue una secuencia cronológica acorde con la larga duración elegida. Los textos de Cuenya y Contreras podrían haber iniciado y culminado el libro, respectivamente, porque sus ópticas, hipótesis y marcos conceptuales engloban con rigor al resto de los demás ensayos. Sin embargo, los aspectos sociodemográficos y los relativos a la propiedad urbana que desarrollan los mencionados autores, no logran unirse armónicamente con el resto de los ensayos ocupados más de la basura y las políticas de sanidad; se detectan lazos entre ellos, pero no constituyen un modelo teórico capaz

de Investigaciones Históricas y Sociales, Instituto de Ciencias, UAP, Puebla, 1983, pp. 111-176.

de esclarecerlos. Los demás autores no definen las nociones que enmarcan sus evidencias empíricas y no despejan una serie de preguntas centrales: ¿por qué fracasaron las numerosas políticas de salubridad?, ¿cómo podría explicarse que en casi trescientos años la población se resistiera a cambiar sus hábitos de higiene?, ¿las políticas sanitarias lograron modificar el patrón demográfico del antiguo régimen? Estas preguntas y otras más podrían responderse si la estrategia narrativa hubiese enfatizado más los ejes temáticos medulares.

Por último, cabe mencionar que el tema de la salud y los desechos conlleva una interdisciplinariedad necesaria entre la historia y las ciencias sociales. Por ello, futuras investigaciones historiográficas que aborden el tema del agua, las basuras y las enfermedades no podrán ignorar estos ensayos. Para la historia económica, la antropología y la historia de las mentalidades, entre otras disciplinas, *Limpiar y obedecer* ofrece importantes evidencias materiales de las transformaciones que, en el largo plazo, tuvieron las ciudades, sus mercados y regiones de influencia. El estiércol y los desechos industriales pestilentes permiten recabar datos inesperados sobre cambios económicos y sociales de larga duración: hábitos de consumo, redes de intercambio, problemas de abasto, relaciones campo-ciudad, etcétera.

Con respecto a las mentalidades, queda por investigar hasta dónde los “usos y costumbres” resisten la implantación de una concepción racionalista de la higiene y la salud colectivas. La transición de una mentalidad corpora-

tiva a otra de tipo republicana, ciudadana, en efecto, pasó también por las letrinas, el uso de las fuentes públicas y el cuerpo humano.

Guillermina del Valle Pavón  
INSTITUTO MORA

José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto Mora/Universidad Iberoamericana, 1993, 327 pp.

La profesionalización de la historia asociada a la institucionalización del quehacer historiográfico, marcados ambos por la impronta del pensamiento científico, desembocaron en la formulación de normas metodológicas destinadas a diferenciar el discurso del historiador y el del no historiador. Diferencia que mantuvo prolongadamente en compartimentos estancos el discurso histórico, reputado “verdadero”, y la ficción.

Con base en este “a priori”, los historiadores desdeñaron por mucho tiempo considerar como objeto de estudio las producciones de ficción literaria.

La historiografía sostuvo la ilusión de que ella era la única productora de verdad acerca del pasado cuyo desdramatamiento, cada vez más completo y sutil, se iba realizando progresiva y acumulativamente de una manera interminable.

La literatura, por su parte, segura de su efecto en un amplio público, siguió su curso, al margen de la pretensión de verdad, y se apoyó en el ejerci-